

860
L

PM 542
.35
L3
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION SÉPTIMA

I

Interrumpamos un momento nuestra exposicion literaria, para responder á ese denigramiento sistemático, á esa ojeriza impotente que en todos tiempos fermenta en las medianías, prontas á acusar de esterilidad y decadencia á todo tiempo y nacion. Seguramente creemos haber dado suficientes pruebas de nuestra admiracion casi filial por la antigüedad, admiracion que no verán mermar nuestros lectores al tratarse de la literatura de la China, ni desmentirán nuestras páginas relativas á la Persia, Grecia y Roma, para poder igualmente confesar sin rebozo el culto que profesamos, en lo concerniente á la inmortalidad é inteligencia, por la época actual y la venidera.

II

El espíritu humano no asciende de un modo eternamente progresivo y ascensional, como lo sostiene contra nosotros y contra la evidencia, un amigo literario en una serie de brillantes artículos. Pero la inteligencia, como toda cosa humana, no está sujeta á eclipse permanente. A la manera del astro de la luz material que lo simboliza, el espíritu humano tiene crepúsculos, auroras, meridianos, declinaciones, en una palabra días y noches, pero no días eternos y noches eternas. Eternamente viejo y eternamente joven, su caducidad le impide confundirse con la divinidad á la cual nunca llegará á igualar, ciñéndose á ser á la vez su artefacto y el artifice de su creacion. Tal es el error de esos Guebrros modernos del fuego intelectual, que juzgan inextinguible y cada vez mas intenso. Mis antiguos compañeros me excusarán si no abrazo la opinion que tan calurosamente defienden, pues si la amistad nos obliga á vivir con el mismo corazon, no nos impone empero el deber de abrigar cada noche el mismo sueño.

III

Por otra parte esa juventud eterna de la inteligencia, renovada de generacion en generacion y de raza

en raza, le impide caer en esa desconfianza de sus propias fuerzas, en ese denigramiento del tiempo presente, error tan comun, si bien menos noble que el sueño del progreso continuo é ilimitado en la tierra. A la misma voluntad que crió el día y la noche para el globo terrestre, plugo establecer un juego análogo de luz y tinieblas que sucesivamente envuelven á la prole humana. El mundo tuvo necesariamente un principio, y esta verdad la reconocen M. Pelletan y sus amigos; pero lo que deseáramos saber de estos señores, es si el origen de nuestro planeta coincidió con un día ó con una noche. En nuestro concepto comenzó por una aurora, y bajo este punto de vista diferimos completamente de los citados filósofos, si bien juzgamos la averiguacion de semejante enigma vana y pueril..... Hay otra cuestion que nos parece mas interesante: ¿cuál presidió al origen de nuestro linage, la estupidez ó la inteligencia? Por nuestra parte nos pronunciamos por la segunda alternativa, y no titubeamos en declarar la tesis del dominio del gusto é imaginacion..... Pero hay otro problema cuya solucion compete á la naturaleza, á la historia y á la evidencia; y es saber si el espíritu humano ha marchado sin cesar, sin decadencia, sin vicisitud, sin caida, sin recaida, sin eclipse; en una palabra si la humanidad progresa de un modo perenne y sin solucion de continuidad. Desgraciadamente para los que abogan por semejante tesis, la naturaleza, la historia y la evidencia responden mostrándonos el desmorona-

miento perpétuo y renacimiento incesante de todas las cosas humanas, flujo y reflujo continuos, incesante vaiven contra el cual se estrellan los dorados sueños de los filósofos que sostienen la perfeccion indefinida y continuo acrecentamiento de dicha en este mundo que pisamos. Tambien la escala de Jacob era un sueño halagüeño sobremanera, pero para subir era necesario estar dormido; y ademas á esta misteriosa escala faltaba afortunadamente la grada conducente de lo finito á lo infinito. ¡ Dichosos los hombres que creen haberla vuelto á hallar, pues por nuestra parte continuamos al pié del gigantesco edificio, bien convencidos de que se apoya en lo vago y que en su cima habita el vértigo que la razon arremolina!

IV

Pero si ni por asomo damos asenso á un progreso continuo é ilimitado incumbente á una criatura tan precaria y finita como lo es el hombre en esta tierra, tampoco creemos en esas decadencias irremediabiles, en esa extenuacion orgánica antes del tiempo debido.

Todos los dias oimos ó leemos estas ú otras palabras equivalentes: « ¿Cómo podeis emprender una obra de alta crítica literaria en un siglo y un país desprovistos de literatura, en una nacion viuda de descollantes ingenios y agotada por dos

« siglos de fecundidad maravillosa? ¿Cómo podeis
« tomar la pluma en una época en que la decadencia
« intelectual y moral marcha en razon inversa del
« progreso material é industrial, en una época en
« que todo se materializa y se petrifica á fuerza de
« mirar la piedra, el hierro, el algodón, en mengua
« y desprecio de las ideas? ¿No veis que el nivel de la
« inteligencia en Europa baja á proporcion que esta
« inteligencia se difunde en las masas y se concentra
« menos en las partes culminantes? Los
« valles se hallan mas luminosos, pero mas oscuras
« las cumbres. La democracia tan santa en moral
« como justicia, es ruin en literatura como medianía;
« y si posee el instinto de lo útil, carece del sentimiento
« de lo bello en el cual no ha podido formarse ni ejercerse.
« Asi dejad la poesia, dejad la filosofia; abandonad este mundo á la corriente de
« lodo que tiende á anegar lo, como vos mismo lo dijisteis en otro tiempo. La luz palidece en Europa y sobre todo en Francia, y esta decadencia arguye que el espíritu humano abdica y tiende á desaparecer como se dijo en la antigüedad de los dioses, y en nuestros tiempos de los reyes. Así el mejor partido que os queda, es cerrar los ojos y cubriros con vuestro manto á la manera de Cesar expirante, para no ver agonizar la literatura francesa. »

V

A lo cual respondo :

En primer lugar, ¿está bien demostrado que la inteligencia literaria merme á medida que se difunde en una muchedumbre mayor de seres pensantes, y que la democracia sea la extincion fatal del genio literario? Si así fuese, necesario seria maldecir la democracia, pues solo del genio irradia la luz en los pueblos vivos, y solo el genio fulgura luminoso en la memoria de los que fueron; y, como el pensamiento expresado, en otros términos la literatura, es la mas noble funcion del hombre, un solo grupo de seres pensantes en un siglo, es mas precioso en la historia que muchedumbres que siembran y yantan :

Fruges consumere nati!

Pero si quereis permitirme, á título de poeta, una imagen palpable y elocuente, si bien poco nueva, de la luz intelectual y moral á medida que aumenta, responderé que esta pretendida desminucion del número de los participantes, no pasa de un efecto ilusorio de óptica.

Así creemos ver menos resplandecientes las cumbres porque brillan mas los llanos; tal, durante una noche sin luna, fulgura mas á nuestra vista una luciérnaga que las mismas estrellas. Cuando

sale el sol y, suspendido su disco encima de los Alpes, deslumbra al viagero matinal, parece su globo un millon de veces mas resplandeciente que en el mediodia, cuando una lluvia fúlgida parece infiltrarse hasta el fondo de las mas tenebrosas gargantas y anegar todo un hemisferio en un océano uniforme de luz. ¿Arguye acaso este fenómeno que el sol tenga mas luz al brotar del horizonte que cuando llega á su zenit y difunde sus rayos en la inmensidad del espacio? No, sino que el contraste de la oscuridad de los valles al amanecer, con la irradiacion de las cumbres que reciben las miradas oblicuas del astro del dia, nos muestran mas luminoso su disco y mas espléndidas las cimas de los cerros, si bien, como á todo mundo consta, hay mucho mas luz cuando el sol se halla en la mitad de su carrera que al rayar el alba.

Esta imagen equivale á un argumento; en efecto la democracia intelectual y literaria nos deslumbra menos porque se refleja de un modo uniforme en todos los puntos; pero en realidad hay mas genio humano esparcido en la muchedumbre que en una academia por mas selecta que sea.

VI

En cuanto á una decadencia final para un siglo, ó una nacion, ó una lengua, ó una literatura, no niego absolutamente esta posibilidad en principio, pues si

así no fuese, se levantaria contra mí la historia entera del género humano para desmentir los partos calenturientos de mi imaginacion, como desmiente las visiones halagüeñas con que se mecen los partidarios del progreso indefinido. Nuestra inteligencia huella continuamente un pasado formado por las cenizas de lenguas muertas y cadaveres literarios, y el mundo entero se compone únicamente de estas dos palabras: PROGRESO Y DECADENCIA. El error de los optimistas es el no leer mas que la primera, y el de los pesimistas tan solo la segunda. Es necesario leerlas ambas para acertar la verdad de la historia y del género humano tanto en literatura como en política.

VII

Pero, admitiendo que la Europa y la Francia deban decaer un dia en genio, lengua y literatura, ¿es cosa segura, ó cuando menos verosímil, que haya llegado tan aciago momento? Con la mano en la conciencia, y sin querer lisonjear á nadie ni aun siquiera á nosotros mismos, estamos muy lejos de creerlo; muy al contrario, nos hallamos persuadidos de que estas partes tan vivas y tan bellas de nuestro planeta aun no han llegado á su apogéo, y que aun salpican, como decimos nosotros los contempladores de olas, con la loca espuma de su juventud. Sí, nuestros tiempos que viejos nos parecen, son jóvenes todavía.

¿Qué síntoma, nos preguntará mas de un lector, os sugiere semejante creencia?

Vamos á decirlo en pocas palabras:

Primeramente la prodigiosa fecundidad de la naturaleza humana que hierve en Europa, Asia y América, sobre todo en estos últimos tiempos. Cuando la naturaleza se prepara á morir en los pueblos, no procede con esa prodigalidad, sino se reposa como en la senectud, se agota, desfallece y se esteriliza, á menos que avorte seres monstruosos. Tal hemos visto en la India oriental, cuando Alejandro y mas adelante Gengis-Khan y Tamerlan, afluyeron del fondo de la Macedonia ó de la Tartaria con enjambres de bárbaros, ávidos y famélicos como aves de rapiña, que reclama el olor de la muerte.

Lo mismo vemos en Grecia, Egipto y Persia, cuando los Romanos, esos bandidos del universo, acudieron á barrer en el Oriente los tronos y repúblicas apolilladas, para llevar sus despojos ópimos en la caverna ensanchada de Quirino.

Igual fenómeno presenciarnos en la decadencia del Imperio formado por los hijos de la loba, cuando una serie vil de torpes emperadores enervaron y atropellaron á Roma y Bizancio, carcomidas metrópolis que debian inundar los jóvenes bárbaros de Atila en lugar de las vetustas hordas de Mario.

Las mismas vicisitudes nos presenta la edad media, cuando el espíritu humano desorientado por la desaparicion del antiguo universo religioso, se salvó en las Tebaidas de Oriente, en los monasterios de

Europa, para suicidarse místicamente en el desprecio de la vida y en el helado sudor que inunda al cuerpo al pensar en la eternidad.

La humanidad tuvo en aquellas épocas momentos de asombro, de cansancio, de deperecimiento, de decadencia literaria en que las mismas lenguas se aniquilaban con las ideas; y fácilmente se comprende que los hombres que vivían en aquellos años infecundos, hayan creído un momento en la esterilidad final y caducidad irremediable de la literatura.

Los siglos que en pos vinieron, tales como los de Carlo Magno, Carlos V, Leon X, Luis XIV, el siglo décimo octavo, el mismo siglo décimo nono, nos enseñan que no hay progreso continuo ni decadencia irremediable en el género humano, sino intermitencia alternativa, flujo y reflujo continuos de juventud y vejez, condicion y ley de todas las cosas intelectuales ó materiales. Seguramente este mundo que tuvo un principio, llegará á fenecer por el hecho mismo; pero nadie conoce ni su vejez en el pasado, ni su longevidad en el porvenir, excepto aquel á quien consta de antemano el cómputo de las revoluciones del sol, y el número de pulsaciones de la arteria humana.

VIII

Pero si no podemos sustituir nuestras teorías á

la presciencia divina, y decir con certidumbre: «La noche se acerca, pues la luz mengua en las inteligencias;» á lo menos nos es lícito hacer uso de nuestra razon y experiencia histórica para conjeturar con mas ó menos verosimilitud si nos hallamos al oriente ó al ocaso de una época, y calcular

• LA HORA QUE ES EN EL CUADRANTE DE LOS SIGLOS. •

Pues bien, mientras mas considero los pasos de la aguja que las horas señala en el cuadrante del espíritu humano, menos alcanzo á comprender esos profetas protervos que amenazan á la Europa literaria con la vejez, decrepitud, silencio y esterilidad.

¿En donde ven esos síntomas de decadencia? — En las revoluciones intelectuales, nos responden, en esas grandes crisis que amenazan desquiciar al mundo. — ¿Pero acaso no son al contrario estas mismas revoluciones las sacudidas que se imprime á si mismo el espíritu humano, para efectuar, mediante el trabajo y el dolor, el alumbramiento feliz del fruto que en sí mismo encierra? ¿Qué diríamos del que denominase decrepitud y esterilidad los estremecimientos que al seno de su fecunda madre imprime el infante, deseoso de respirar el aire y enbriagarse de luz? Opinión acreditada es que la Europa se halla en los dolores del parto, pero nadie sabe cual será el fruto; unos dicen prodigio, otros monstruo. Por nuestra parte distamos mucho de adherir á esta última hipótesis, pues en nuestro concepto la Europa se halla preñada del espíritu divino.